

> MARTES
EL NUEVO DÍA
30 DE ENERO DE 2007

EDITOR: FRANCISCO VACAS
fvacas@elnuevodia.com

MILDRED RIVERA MARRERO
mrivera1@elnuevodia.com

Con Isabel Rosado Morales no hay términos medios. Así ha sido desde que, horrorizada por la Masacre de Ponce, se unió al Partido Nacionalista y se convirtió en una de las más estrechas colaboradoras de Pedro Albizu Campos.

Puerto Rico tiene que ser libre y, para lograrlo, hay que impulsar la anulación del Tratado de París de 1898, que selló el traspaso de la Isla de España a Estados Unidos, afirma convencida. Tan convencida está que recientemente le escribió una carta al presidente español, José Luis Rodríguez Zapatero, haciéndole esa petición.

Me espera sentada y guardando un silencio breve que rompió tan pronto avistó visita. Tiene 99 años, es de estatura baja, delgada, peina una cabellera abundante de canas blancas, blanquísimas. La frágil piel de sus brazos y manos da cuenta de su edad. Pero la sonrisa franca, que aprieta las arrugas de su cara una contra otra, y la risa contagiosa que acompañará toda la entrevista la llenan de jovialidad. De una cierta dimensión de juventud.

Como si fuera un libro que da referencias exactas con días, meses, años y nombres completos de las personas que impactaron su vida, doña Isabelita cuenta con apabullante lucidez su intensa existencia, que comenzó en el barrio Chupacallos, de Ceiba.

“El barrio más lindo de Ceiba, de Puerto Rico y, quizás, del mundo”, afirmó.

Creció entre tres hermanas y tres hermanos y casi cumplía los nueve años cuando ingresó a la escuela. De pequeña, “se me hizo muy difícil aprender a hablar, gagueaba, donde quiera me caía, todo se me olvidaba. Mamá fue la primera dermatóloga mía. ‘El sol le hace mucho año’ (decía)”, recuerda.

Las dudas de su madre, Petra Morales, fueron desmentidas por el maestro del pueblo, quien le dio entrada a un mundo del que salió en décimo grado para ir directamente a la UPR a estudiar para convertirse en maestra rural, gracias a un atajo en el currículo que ofrecía en aquella época la Universidad.

Todavía recuerda cuando su padre, Simón Rosado, decidió convertir su

“

Tú me ves aquí y yo digo: Dios mío, Dios mío, qué hacemos para que se anule el Tratado de París”



Un siglo de lucidez

Testigo y a la vez protagonista de la lucha nacionalista de mitad del siglo 20, esta colaboradora de Pedro Albizu Campos recuerda esas escenas con una precisión tal como si todo hubiera ocurrido ayer

casa en escuela, luego de que el aula del pueblo fuera cerrada y mudó su familia a una estructura contigua. "Hizo una cabañita para meternos (a la familia). Había que cambiarla cada tres o cuatro años porque estaba hecha de paja, de matojo", afirma. Levanta la cabeza y hace un gesto como si aspirara el aroma de entonces. "Yo recuerdo ese olor de la paja", asegura.

"Otra cosa que me gustó mucho de papá y de mamá es que había un rancho, una tormentera. ¿Tú sabes lo que es eso?", me pregunta, a lo cual respondo en la afirmativa. "Cómo me gustaba a mí cuando decían: 'Va a haber tormenta'. ¡Ay que bueno! Nos íbamos allí y las familias vecinas que no las tenían iban y empezaban a contar cuentos", sigue recordando, mientras gesticula con sus brazos.

Le pregunto sobre los huracanes que pasó allí y menciono San Ciriaco, como referencia. No tarda un segundo en corregirme. "No, San Ciriaco fue cuando mamá todavía no se había casado. El primero que yo recuerdo fue San Hipólito, en 1916. El que tú dijiste, San Ciriaco, fue en el siglo anterior, en 1899".

Con esa misma nitidez, recuerda el día en que, durante una visita a su hermana en Nueva York, conoció a quien denominaban "el Viejo". Esperaba a un hombre mayor y le impresionó la juventud de

Pedro Albizu Campos. Allí conoció también a Ruth Mary Raynolds, cofundadora y secretaria ejecutiva de la Liga Americana para la Independencia de Puerto Rico, con quien luego compartiría luchas y sentencias carcelarias.

En la Gran Manzana recibió su primera encomienda: al regresar debería saludar a Blanca Canales de parte del Maestro y enviar a Vieques a todo el que conociera, para que se revelara la historia de los bombardeos allí.

Avisar a sus compañeros de partido sobre el levantamiento del 30 de octubre 1950 sería otra de las encomiendas de don Pedro. "Ya era viernes 27. Faltaban tres días. A las doce del día querían sorprender, atacar todos los cuarteles de la policía y hacerse de armas. Me voy donde don Pedro a ver cómo había llegado (de Jayuya) y me dijo lo que tenía que hacer. Que yo, de una manera disimulada, fuera avisando", cuenta.

La insurrección fue liderada por Blanca Canales, quien le dio alojamiento a don Pedro en su casa del barrio Coabey, en Jayuya. Fue una maestra de Peñuelas la que avisó a doña Isabelita del comienzo de la Revolución y de la muerte de Raymundo Díaz Pacheco, al llegar a una escuela en Fajardo donde trabajaban.

Inmediatamente, doña Isabelita llegó a San Juan para visitar solidariamente a las

familias de los caídos y para ver a don Pedro. Fue acusada por violentar la Ley de Mordaza y lo pagó con 15 meses de cárcel. "No se podía ni hablar ni escribir ni estar reunidas hablando. Una cosa, (querían) que uno fuera una cosa", dice. Esa prohibición, sin embargo, la ignoró por completo y fueron muchas las misivas que envió clandestinamente desde la cárcel, señala seria, la aún prolífica escritora de cartas.

Al año, en 1953, a don Pedro, "lo amnistiaron; o sea, la cárcel la llevaron a donde él fue a vivir, que fue entre las (calles sanjuaneras) Sol y Cruz. A la Junta Nacionalista. Cuando llegó las piernas eran así, hinchadas", dice y describe con sus manos la hinchazón que le produjo a Albizu Campos la radiación que le aplicaron en la cárcel.

Como parte del grupo que cuidó a don Pedro, todavía ve claramente que "poniéndole los pijamas tuvieron que rajarlos". Y, lo recuerda acostado entre bolsas de hielo para aliviar su dolor, mientras le dictaba una carta para su esposa, Laura.

"La última vez, lo arrastramos juntos", (durante el violento arresto en 1954, luego de que un grupo de boricuas atacara a tiros al Congreso). "Él no se podía mover y cuando empezaron a tirotearnos en la Junta Nacionalista tuvimos que cogerlo y ponerlo en el piso porque eran bazucas y demás y lo podían matar. En una que yo fui a cerrar una puerta porque entraba mucho humo parece que le toqué las piernas y ¿puedes creer que me preguntó: 'Te han hecho daño?'", narra, pensativa.

La arrestaron y esta vez cumplió diez años de cárcel. Cuenta que de allí salió en "el año mil novecientos sesenta y cinco", gracias a un 'habeas corpus' que escribió y le entregó al entonces secretario de Justicia, Rafael Hernán-

dez Colón, mientras éste inspeccionaba la cárcel de Vega Alta.

Con las sentencias carcelarias vino la cancelación de su licencia de maestra y trabajadora social, labores que había desempeñado por 14 años. Rememora, de buen ánimo, que "Paulino Castro, un gran nacionalista de Cataño", le consiguió trabajo en un colegio y que, luego, tuvo que comprar materiales para coser ropa y banderas. Entre chistes, cuenta que, posteriormente, solicitó el Seguro Social, que se lo denegaron, y que pidió la devolución de los \$120 que envió al solicitar. En la audiencia de apelación le preguntó al oficial estadounidense que si hablaba español. "A little bit", le contestó éste. "Eso me pasa a mí con el inglés, 'a little bit'", respondió ella inmediatamente.

Con la aprobación del Seguro Social, le llegó una carta advirtiéndole que no podía viajar ni a Cuba ni a China. "Me llegó un retroactivo, casi de \$1,000", dice abriendo los ojos y, como si lo estuviera disfrutando en el momento, en un tono de voz más alto recuerda que "con eso me voy a Cubaaa".

Su inquebrantable sentido de lucha la llevó a participar en un acto de protesta en Vieques en 1979, donde fue brutalmente apresada por cuatro agentes. Entre ellos, una mujer que la oprimió contra la arena. Esa foto recorrió el mundo.

Al preguntarle la edad que tenía en ese entonces, contesta, pícaro: "Ay, como yo soy tan vieja. Vieja en edad, sabes, yo soy más joven que tú o tan joven como tú", afirma y remata con su risa característica.

Enterada de todo lo que sucede local e internacionalmente, doña Isabelita continúa su lucha y asegura que "tú me ves aquí y yo digo: Dios mío, Dios mío, qué hacemos para que se anule el Tratado de París".